

Textos exposiciones

guiños de Frankenstein (Luis Gordillo), Ubicarte, diciembre de 2003

Mientras algunos críticos aún repiten la letanía de la muerte de la pintura, al tiempo que la gestionan y le perdonan la vida a los pintores que sobreviven, Luis Gordillo sigue mostrando en estas cuatro exposiciones que comentamos una vitalidad plástica indiferente a todo decreto venido de lo alto. Se ha señalado que una de las constantes de Gordillo es la pugna entre la espontaneidad, condensada en el cromatismo casi impertinente del gesto, y la dureza gris del esquema que fija sus cuadros. Esta dialéctica no deja de prolongarse en las muestras actuales, por más que aparezcan parcialmente apoyadas en otros soportes, sean fotografías intervenidas o impresiones digitales.

Sigue dándose en este trabajo una suerte de alegre exceso, como un barroco que desbordase los presupuestos tecnológicos del presente. Si la cultura digital tiende a encerrarse en un *continuum* de interiores fríos, paisajes mediáticos controlados por el metalenguaje de la teoría, aquí se intenta colocar la ironía en nuestra realidad-sandwich plagada de subtítulos, iconos y textos. Gordillo persevera en los entresijos de la conciencia, horadando nuestras superficies brillantes para buscar, al otro lado, qué es lo que queda de una turbia vitalidad que todavía presentimos. No es ninguna realidad social lo que aquí está en primer plano, sino la insinuación de algo *real*, una vibración de sentido que linda con lo insignificante.

Encontrar la profundidad en la piel, en el laberinto de la banalidad. De ahí las variaciones sobre nuestro confort, sobre la imaginería pop de piscinas al sol y hamacas en espera. Superponer planos, mezclar el desorden con la geometría, lo lleno con el vacío, lo sólido con la liquidez, es parte del método de Gordillo. Él provoca una ebullición corpuscular donde cada imagen permanece acoplada a un temblor, a un exabrupto que la duplica y la transforma. Continúa la obsesión por los óvalos, metáforas quizás de lo cerebral, y los juegos de simetría secuencial que duplican la ambigüedad, las máscaras de nuestra deformación. Pero, al igual que en algunas viejas prácticas marciales, de la proliferación de trazos, de la inestabilidad cinética brota una especie de sosiego. Como si se cosiera esa oscilación de planos, tan típica del pintor, con la rapidez del grafismo, con los hilos que proliferan.

Es cierto que se da en Gordillo una utilización constante de la duplicación, dueto o dúplex que repite una inquietante variación de la primera figura. Pero es preciso recordar que el desdoblamiento ya está en la primera imagen, que se presenta minada ya por un desdibujamiento de sus perfiles. Hay una mágica animación en todas las imágenes y, con ellas, una atractiva precisión apoyada en las texturas vítreas y la energía del cromatismo. Gordillo opera un desplazamiento ansioso en la materia significante, que así escapa a todo significado serio, trascendental. La seguridad de lo extático es quebrada por un tratamiento nervioso, como si todas las formas estuviesen dispuestas en un espejo rayado por una frecuencia de ondas hertzianas. Que esto se realice con colores tan vivos, propios del cómic o del cine, resta dramatismo a la operación para darle una soltura llamativa, muy actual.

Gordillo pospone continuamente el acceso a la verdad con una estética divagante. Se trata de una técnica de guerrilla que busca, más que impugnar la realidad o confrontarla con otra alternativa, confirmarla irónicamente al degradarla con sus entrañas, con una contraste adentro/afuera que aquella realidad iniciaba sólo a medias. Puesto que la revolución exterior se ha mostrado imposible, nuestro

artista parece decidido en volcarla hacia dentro. Se reivindica así una euforia corrosiva. El frenesí del grafismo, la inquietud molecular de esos trazados minuciosos que amenazan la estabilidad de las figuras, es al mismo tiempo lo que las rescata para otra posibilidad. Todo está salvado por la vibración y amenazado por ella.

Una constante de Gordillo es la propuesta de descifrar el registro de lo literal con una reiteración que no es solamente técnica, ni informativa, ni conceptual. Es como si la propuesta afectase al plano de la vida, no solamente al del arte. Como si recuperar la salud y reconstruir el logotipo hombre dependiera sólo de la manera en que nos mantengamos en la fiebre de las apariencias, en lo que su zozobra tiene de incurable. Sin duda, Gordillo ha llevado adelante este plan con un sentido del humor que le caracteriza, una socarronería que huye de los gestos demasiado graves. Pero encuentro mucha seriedad en este juego. A mi parecer, esta seriedad se logra más donde el pintor no recurre a ningún apoyo referencial externo, sea fotográfico o digital, y es la sola tecnología punta del gesto pictórico la que teje la partitura de esas figuras que danzan.

Madrid, 26 de noviembre de 2003.